

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA IMAGEN DE LA SITUACIÓN ESPAÑOLA EN VÍSPERAS DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA

Encarnación Lemus*

Aunque el objetivo central del artículo intenta analizar las imágenes y opiniones de la prensa norteamericana ante el esperado cambio político español, muchos de esos contenidos son inseparables del contexto político internacional de los setenta, por un lado, y por otro, de las relaciones bilaterales entre ambos países. No se trata, en modo alguno, de abordar los pormenores de esa situación, tan sólo de evocar puntualmente los principales hitos para que podamos tenerlos en cuenta cuando aparezcan aludidos en los artículos de prensa con los que vamos a trabajar o en las reflexiones que los corresponsales realicen sobre el futuro español.

En relación con ese futuro, entre 1970 y 1976, en Estados Unidos siempre se previó una evolución dentro de la estabilidad y por parte las Administraciones republicanas de Nixon y Ford estuvo claro que no se trataba tanto de esperar la estabilidad en España cuanto de garantizar y mantener la estabilidad en España; de ello debería ocuparse la embajada, y también para eso servirían las bases. Desde luego, la parte nuclear de este proyecto radicaba en la Sucesión, en realidad, quién, cuándo y cómo, componían los interrogantes esenciales que se debatieron.

De hecho, hacia 1970 se pensaba en un reformismo lento, dirigido desde arriba y a ser posible en vida de Franco, pero faltó la colaboración del principal protagonista. Algo

después surgió la posibilidad del tándem Juan Carlos –que significaba la evolución– y Carretero Blanco –la estabilidad–. La desaparición del último desequilibró la fórmula y el impacto del Movimiento del 25 de Abril en la visión norteamericana hizo que la prensa, y también la Administración, perdieran parte de las esperanzas en el *cambio estable*, y a ello se unió la situación bochornosa de que Franco volviera a la Jefatura de Estado en septiembre de 1974. En la coyuntura de 1975, con la renegociación de los Pactos militares para el uso de las bases, el viaje de Ford a Madrid y la muy fluida comunicación entre el príncipe y la Secretaría de Estado se recupera la credibilidad del proyecto.

Por debajo de este intento de interpretación, corre la prensa: cómo se dibujan los personajes, cómo se habla de los españoles y del régimen y con qué expresiones, qué situaciones acaparan la atención, y de ello hablaremos, a través de la información que ofrecieron *The New York Times* y *Washington Post* y *Newsweek*.

El marco exterior y el perfil de las relaciones hispanonorteamericanas en el arranque de la Transición

El momento que nos ocupa, los primeros años setenta del pasado siglo, coincide con una primera distensión de la Guerra Fría, parcial-



mente consecuencia del repliegue norteamericano en el Sudeste Asiático y su posterior derrota en Vietnam, y conectada, también, con los planteamientos que Henry Kissinger lleva a la Secretaría de Estado, tendentes a impulsar la *Détente* con la URSS, a buscar la negociación de un *statu quo* en el despliegue de armamento nuclear y el impulso al desarrollo de la Conferencia de Paz y Seguridad en Europa.

Pero estos objetivos no quedan totalmente refrendados por la opinión americana y, durante la Presidencia de Ford, la política exterior de la Secretaría de Estado resultó fuertemente criticada por la mayoría del Congreso, que ya no era republicana, así como por el propio Partido Republicano que había ido basculando hacia planteamientos más duros, neoconservadores, representados por Ronald Reagan. No obstante, en los encuentros de Vladivostok –noviembre 1974– y Helsinki –agosto 1975– se vivieron momentos de optimismo, siempre

recordados cuando se habla de la política del Desarme y de un primer deshielo de la Guerra Fría, al menos en el centro de Europa, porque para los años centrales de la década la tensión se trasladó desde ese área hacia el Mediterráneo, con el nuevo estadillo de Oriente Próximo con la guerra del Yom Kippur, octubre 1973; la debilidad de la Monarquía de Hassan II en Marruecos y el crecimiento de la influencia soviética en el Magreb: Argelia, Libia (golpe de Gadafi en 1968) y Siria, el avance de los partidos políticos comunistas en los países europeos del Mediterráneo –Francia, Italia– a lo que se une el 25 de Abril en Portugal y la crisis greco-turca con la invasión de Chipre (junio de 1975).

En ese contexto, poco habían cambiado los intereses norteamericanos en España: el mantenimiento de las bases, las motivaciones geopolíticas y ciertas relaciones económicas y culturales. Los primeros, las bases como

soporte de los repartos geopolíticos, eran los fundamentales, porque, con la desestabilización del Mediterráneo, el valor estratégico de España se había multiplicado. De ahí, la búsqueda de la estabilidad interna que hiciera posible el mantenimiento y la continuidad de las relaciones bilaterales bajo las mismas claves de dependencia. Sin embargo, tras la desaparición del jefe de gobierno español, almirante Carrero Blanco, y durante 1974 y 1975, a lo largo del proceso renegociador del acuerdo para el uso de las bases, el gobierno español y los portavoces militares recuperaron las ideas del antiguo ministro de Exteriores, Fernando M.^a Castiella, sobre la política española hacia el Mediterráneo, la conveniencia de una política neutralista y de tercera vía, que buscara el entendimiento de los países del Mediterráneo entre sí, al margen de las superpotencias.

Además de sobre estos objetivos generales, las relaciones bilaterales de la etapa se desarrollaron en torno a dos situaciones más concretas: la presión española para que los Estados Unidos obtuvieran por parte de la OTAN un reconocimiento formal de la vinculación española a la Seguridad Occidental, y la petición de apoyo para los intereses españoles en el proceso de descolonización del Sahara, menos de cara a las reclamaciones argelinas, con las que inicialmente se coincidió, sino en mayor medida respecto a los criterios anexionistas de Marruecos, que se consideraron lesivos. Con respecto a lo primero, nada real se consiguió a pesar del empeño del mismo presidente Ford, quien no escatimó esfuerzos pidiendo una declaración formal favorable a las demandas españolas en su viaje a Bruselas para asistir a la cumbre atlantista de mayo de 1975; la negativa más que contra España se alzaba contra Franco y su régimen, por su pasada vinculación a las potencias del Eje. En cuanto al destino del Sahara, es difícil no creer que hubiera presiones norteamericanas y francesas tras el brusco giro español desde su inicial defensa del derecho a la autodeterminación y

su intento de pactar el destino de la colonia en un foro cuatripartito —con las presencias de Argelia, Mauritania y Marruecos, además de la española— a la aceptación de la demanda marroquí de dejar fuera a Argelia en la negociación de un tratado que, por indicación de la ONU, acordaba un referéndum que aún no ha llegado a celebrarse. La problemática de la Sucesión y la transición estuvo detrás de un rápido desalojo que no esperó a que se cumplieran los requisitos del Tratado de Madrid.

Todos estos aspectos ligan inseparablemente el cambio interno con la dinámica exterior y, no obstante, en el conocimiento de la política exterior con EE UU se había avanzado poco tras los estudios básicos de Antonio Marquina Barrio y Ángel Viñas,¹ pero felizmente esta temática está siendo cuidadosamente trabajada por historiadores como Rosa Pardo, Juan Carlos Pereira o Charles Powell, y ha sido globalmente abordada en el reciente estudio de Nicolás Sartorius y Alfonso Sabio.²

LAS PREVISIONES SOBRE EL CAMBIO POLÍTICO ESPAÑOL EN WASHINGTON POST, THE NEW YORK TIMES Y NEWSWEEK

La visión en 1971

En la situación portuguesa parece ser que hubo un fuerte componente de sorpresa; por el contrario, el cambio político español se estaba previendo por los Estados Unidos desde 1970 al menos, y aunque los acontecimientos posteriores llevaron las cosas por distintos derroteros, nunca se desechó el modelo de una evolución gradual con una importante dosis de estabilidad. No era otra cosa lo que significaba una expresión que entonces circuló en relación con el futuro español, *smooth change*, precedente de la expresión que posteriormente se utilizaría con respecto a Checoslovaquia, «la revolución de terciopelo».

Hacia 1970-71, por efecto de la ley de Sucesión y el viaje oficial de los príncipes a los

EXPEDIENTE

Estados Unidos, a finales de enero de 1971, *Washington Post* y *New York Times* concedieron mayor atención a la situación española. Para entonces, ya se habló de iniciar una reforma política desde arriba, en vida de Franco, delegando éste la Jefatura del Gobierno en Carrero y posteriormente la del Estado en el príncipe. Se comenzaría, pues, una liberalización lenta y limitada al reconocimiento de la oposición moderada. Con Franco vivo se mantendría fácilmente la posición de autoridad y de orden, la lealtad de los sectores que apoyaban su régimen y la salvaguarda del Ejército, pero, a su vez, su desaparición formal de la jefatura de Estado podría facilitar la incorporación de España a la OTAN, lo cual también garantizaría la estabilidad del proceso. Desde luego, no se consiguió la colaboración del general y, con el asesinato de Carrero y la revolución en Portugal, hacia 1974 esas previsiones parecían más alejadas que nunca, pero en 1975 volvieron a cobrar consistencia.

Washington Post y *The New York Times*, decíamos, prestaron constante atención a los asuntos de España, tanto a los aspectos internos de la evolución del país como a los temas bilaterales y, en particular, a las negociaciones de los acuerdos militares. Ambas empresas mantienen en España corresponsales del máximo nivel y excelentes observadores de la realidad española. En esos años setenta Miguel Acoca era el corresponsal de *Washington Post*, y *The New York Times* contaba en Madrid con una representación de primer nivel: Cyrus L. Sulzberger, Henry Giniger y Richard Eder.

Cyrus L. Sulzberger pertenecía a la familia judía relacionada con la propiedad y la edición del *New York Times*, era sobrino del patriarca familiar, había designado a Henry Giniger para la dirección del *New York Times* en París, y en los setenta Giniger firma como redactor jefe en Madrid. Sulzberger, desde Madrid, escribía también para el grupo *International Herald Tribune*, que integraba al *Times* junto al *Washington Post*.

Pertenece a Richard Eder una de las primeras entrevistas, publicadas en 1970, en la que el sucesor de Franco comienza a presentarse a sí mismo con independencia del dictador como crítico hacia la política autoritaria y defensor de un reformismo dentro del orden. Eder es muy conocido hoy como crítico literario y cinematográfico de *New York Times*:

Incluso en el momento de su designación el pasado julio, estaba claro que Juan Carlos no era el joven sencillo que muchos creían. Su padre siempre había sostenido que la monarquía nunca sería aceptada por los españoles si estaba estrechamente unida al general Franco. El hijo creyó que la monarquía nunca jamás sería proclamada a menos que Franco la proclamara y que él nunca aceptaría a nadie que significara una ruptura con su propio régimen. Ahora que Juan Carlos tiene la designación se está descubriendo que el príncipe no ha rechazado tanto la estrategia de su padre cuanto su ritmo.³

Construir la figura política de Juan Carlos como sucesor fue desde 1970 un gran empeño de la prensa americana en el que se jugó a renovar para la opinión la imagen del país y de los españoles: Juan Carlos habría de simbolizar la nueva España y así lo enfocarían no sólo los corresponsales enviados a Madrid, sino también los periodistas que cubrieron su viaje en enero de 1971.

Entre ellos, Benjamin Welles, en «Spanish Prince and Princess Are Feted at a White House Dinner» (*New York Times*, 27 enero 1971), comenta todos los detalles de la cena de gala –los invitados, intercambios de regalos, los platos– para centrarse en el protagonista e ir pasando por los puntos fundamentales: Juan Carlos es un joven que tiene 33 años y habla fluidamente inglés; el crecimiento español es el más rápido de Europa, con un 7,7 % anual; en su brindis el príncipe declaró que «las naciones no pueden vivir solas» y en respuesta el Secretario de Estado, William P. Rogers, contestó que su persona simbolizaba la futura generación de los españoles.

Días después, Welles ofrecía su interpretación del viaje y explicaba los diferentes significados del encuentro (WELLES, Benjamin, «Spaniard's visit to U.S. is over». *The New York Times*, 1 febrero 1971). De cara a los españoles había implicado un gesto de que USA no está exclusivamente interesada en España por las bases que «mantiene allí»; a Juan Carlos, hasta entonces demasiado identificado con la persona de Franco, se le había dado la posibilidad de demostrar que podría representar a su país con dignidad y simultáneamente sin caer en pronunciamientos de antifranquismo, añadiendo que le había proporcionado buenos contactos para el porvenir, porque entre los invitados a la recepción se contaban los hombres decisivos de Washington y Nueva York, directores de banca y del desarrollo urbano de esas ciudades; para la Administración norteamericana abría la oportunidad de quedar relacionada no con el régimen de Franco sino con la España del futuro. He de llamar la atención sobre la expresión empleada en relación con las bases, *bases norteamericanas en España*. A pesar de que el Tratado renovado en 1970 había fijado que las bases eran «españolas de uso conjunto»,⁴ en todo este período, para los americanos y para los medios oficiales internacionales y la prensa, las bases fueron siempre norteamericanas en territorio español. Sólo los políticos españoles usaban la denominación textual incluida en el Tratado, pero la verdadera opinión se filtraba a través de las palabras y la realidad no había cambiado.⁵

También desde Madrid, Cyrus L. Sulzberger comenta el viaje con un título que apunta directamente a su significado, la Sucesión («The Spanish Succession», *New York Times*, 5 febrero 1971), y un contenido que nos sitúa en el centro del fenómeno, arrancando otra vez de la juventud del sucesor y de que «la mitad de los españoles está por debajo de los treinta. Se quería desterrar de un plumazo la visión de un país agrisado, detenido en la posguerra, pobre y aislado. Por el contrario, se miraba al futuro



y se insistía en que el desarrollo económico de España en la última década ha producido una «clase media que refuerza las corrientes liberales de pensamiento» y se advertía, y esta advertencia era repetida con frecuencia, que los Estados Unidos habían perdido mucho apoyo entre la oposición no comunista. Y a todo esto se sumaban opiniones muy clarividentes como que «el Príncipe no parece sentirse obligado a seguir la ideología del régimen existente. Acepta la 'continuidad, pero no el continuismo'». ⁶ Y ponía en boca de Juan Carlos afirmaciones como que el pueblo español preferiría no tener otro militar como Jefe de Gobierno, o que su trabajo sería más sencillo si Franco abriera algunas puertas en dirección a la liberalización y que tendría que «proceder muy cuidadosamente como si anduviera por el borde de un precipicio».

En esencia, asistimos al doble proceso de cambiar los estereotipos sobre los otros cuando llega el requerimiento de reformar la construcción política; no se trata de un país esclerótico, sino de un país activo, con una sociedad dinámica y líderes jóvenes, rubios y que hablan inglés y esto llevaba implícito algo más: el proceso de construcción de un liderazgo. Y subrayo la temprana aparición de esa expresión que se podría traducir como «continuidad, pero no continuismo».

EXPEDIENTE

Simultáneamente, desde *Washington Post*, Miguel Acoca difunde que la Administración Nixon trataba de presionar a Franco para que comenzara el previsto reemplazo y el despliegue de su plan de cambio en el continuismo («U.S. urges Spain's Franco to quit», *Washington Post*, 27 julio 1971). Según Acoca, Nixon había sacado este tema en su encuentro con Franco en el otoño de 1970 y le había instado a que dejara el poder mientras su salud fuera buena para asegurar una transición ordenada. Sin embargo, el periodista declaraba que este acto también encerraba una falta de confianza en la capacidad de Juan Carlos para guiar el cambio, unificando a todos los sectores de la derecha. La Administración temía que si Franco muriera repentinamente o cayera enfermo y fuerza incapaz de mantener el orden, se declararía una fuerte lucha entre la ultraderecha y sus militares aliados más inmovilistas y el poder de los tecnócratas, ligados al Opus, sector con el que se identifica la Administración Nixon. Juan Carlos, con poca experiencia, no podría mantener el equilibrio entre facciones y por eso la Administración querría ver firmemente establecido en el poder a Juan Carlos con Franco aún vivo. Y también contaba entre las razones el rechazo a Franco entre los socios de la Alianza Atlántica.⁷

También en la prensa encontramos la confirmación de que este proyecto se estanca por la negativa de Franco a abandonar el poder y su resistencia, en 1971, a nombrar jefe de Gobierno a Carrero. Richard Eder interpreta la gran manifestación organizada para conmemorar los 35 años del régimen como una respuesta a las presiones exteriores («Franco Marks 35 Years of Rule. Vows to Continue», *New York Times*, 2 octubre 1971). Pero el rumor de que Franco renunciaría a la Jefatura de Estado en vida persistió en la prensa y, por ejemplo, en un artículo de Henry Giniger sobre el ocio, la vida de la calle y la cultura en Madrid, en noviembre de 1973, el periodista refiere que en las conversaciones cotidianas, más que de

la crisis y los precios, el comentario general era: «¿Y después de Franco, qué? Y cerraba el texto con la consideración de que tal vez el turista americano que viajara a España podría contar con el aliciente de asistir a una Coronación: «Maybe you will get to see a coronation» (GINIGER, Henry, «What's Doing in Madrid», *New York Times*, 11 noviembre 1973).

Por otra parte, al hilo del anuncio de semejante aliciente, diría que la simbología de la monarquía en Estados Unidos, país de identidad republicana, adquirió, unida a la favorable imagen de los herederos, un valor implícito positivo, primordialmente entre los republicanos, de quienes sus oponentes demócratas suelen decir que de republicanos sólo tienen el nombre. En cierta medida, el concepto monarquía se conectaba con el Reino Unido y las monarquías del norte de Europa, podríamos decir que en ese nivel de los tópicos que cada sociedad tiene sobre *el otro*, al que anteriormente se apuntaba, la monarquía implicaba europeidad, muy al contrario, curiosamente, de lo que este concepto encerraba para los franceses.

La preocupación entre 1973-74

La noticia del atentado contra Carrero aparece de inmediato en la prensa —«Assassination in Spain», *New York Times*, 21 diciembre 1973— y se lanzan inmediatamente las conclusiones de que el asesinato destrozaba los planes para lograr una sucesión pacífica y de continuidad y abría el peligro de que se intensificaran las luchas internas entre las varias facciones de la derecha para el liderazgo de la «era postfranco», una terminología que surge cuando se extiende la ambigüedad sobre el futuro español. Emerge también un tema recurrente, anteriormente tan sólo mencionado, la convicción de que la mayor preocupación en relación con el futuro no radicaba en una insurrección o una presión comunista demasiado fuerte, sino en la división de la derecha y, por tanto, que el

quid consistía en encontrar a alguien capaz de preservar el balance entre monárquicos, viejos falangistas, tecnócratas y militares.

En otro orden, observamos que se abre una brecha que distancia más las opiniones de esta prensa y las decisiones de la Secretaría de Estado. Se trata de grandes diarios más afines a las posturas demócratas, contrarias a la implicación de la Administración en el sostenimiento del régimen. Y se expresa una áspera crítica a que prácticamente 24 horas antes del asesinato, Kissinger hubiera declarado públicamente una «identidad sustancial en puntos de vista» con España en un amplio rango de materias, incluidas las bases. Y, en vista del proceso negociador que iba a iniciarse, se abogaba por la intervención del Senado y la firma de un Tratado, coincidiendo así con las sempiternas demandas españolas. Antes, tangencialmente, se había mencionado a la oposición moderada, ahora se enfatiza sobre: primero, que está en contra del mantenimiento de las bases; segun-

do, que ha de ser forzosamente tomada en cuenta como elemento decisivo del futuro si se habla de *liberalizar*, uno más de esos términos relacionados con España, alternativo a «democratizar».

Por lo demás, de cara a la evolución interior, Henry Giniger comentó que los cambios en el nuevo gobierno debilitaban la pretensión reformista, identificada con el Opus y la tecnocracia, y reforzaba el peso de Falange, nombrada abiertamente como *partido semifascista*, y del viejo conservadurismo, señalando a Torcuato Fernández Miranda y a Gonzalo Fernández de la Mora, como las nuevas figuras emergentes. En resumen, el régimen enviaba el mensaje de autoridad y orden («Spanish Changes favour Rightists», *The New York Times*, 4 enero 1974).

En esa coyuntura, por añadidura, se produce el golpe militar contra Caetano en Portugal. La Secretaría de Estado concede la mayor importancia a las negociaciones militares con España y presiona más que nunca para que pueda unirse a la OTAN, sobre todo en la coyuntura de la guerra del Yom Kippur y el cuestionamiento del futuro de la base de Azores. De hecho, estamos desarrollando en este artículo la continuada atención de la Administración norteamericana por el futuro político español y, aun así, el nivel de preocupación y de intervención en España nunca se acercó al de las interferencias en Portugal,⁸ precisamente por la evolución extremista de los acontecimientos allí, y porque lo consideraron el prelude de la desestabilización en España, ya que la crisis portuguesa comenzó cuando se habían quedado sin la personalidad fuerte que garantizara en España, en su opinión, el cambio estable que deseaban. El hasta qué punto la experiencia de la situación de Portugal interfirió en la visión que los norteamericanos, particularmente en la Secretaría de Estado, ha sido ya objeto de atención por mi parte,⁹ pero he de insistir en ello, porque sin duda está en la base de las nuevas estrategias ensayadas con respecto a



EXPEDIENTE

España; de hecho, reforzar sus vínculos con el bloque occidental, básicamente la OTAN, pero también los nexos con la CEE, y diversificar el abanico de los contactos en el país, desde la embajada y presumiblemente con la CIA:

Desde Nueva York. La preocupación, al parecer intensa, que existe en el Departamento de Estado, sobre una «caída como fichas de dominó» de cuatro países del sur de Europa –Portugal, España, Italia y Grecia– hacia regímenes de izquierda antiamericanos está en la base del interés renovado de la CIA, hacia estos países. Esto es lo que afirmaba ayer el *Washington Post* en crónica de su corresponsal en la península Ibérica, Miguel Acoca. El *Post* también revela que el subdirector de la CIA, teniente general Vernon Walters, ha estado recientemente en España.

Desde hace un par de semanas, los medios de información norteamericanos se vienen ocupando insistentemente –y mostrándose de acuerdo– de la nueva «estrategia mediterránea» de la CIA. Las primeras informaciones fueron televisadas [...], y ayer los dos diarios más conocidos de Estados Unidos, el *Post* y el *New York Times*, se ocupaban del tema. En líneas generales, las informaciones coinciden: el Departamento de Estado –y, por ende, la CIA– está preocupado, ante todo, por la evolución de la situación portuguesa, pero también por la influencia que ésta pueda ejercer sobre España.

El señor Acoca, que cita «fuentes informadas», les atribuye lo siguiente:

Según ellas, Kissinger y otras personas, en Washington, estaban obsesionadas con el temor de que Portugal sea el primer país que se pasa al comunismo dentro de lo que llaman «una teoría del dominó sud-europeo», en la que también entran España, Italia y Grecia. Este temor, aparentemente, se ha visto alimentado por informes pesimistas de los servicios de espionaje, por informaciones de Prensa que subrayan el poder de la izquierda en Portugal y por las ansiedades de las compañías multinacionales con intereses en Portugal y en sus colonias africanas.¹⁰

Por su parte, el gobierno español intenta sacar alguna ventaja de todo ello, y Cortina Mau-

ri quiere ligar, como en tiempos de Castiella, la renovación del Acuerdo Militar al reconocimiento formal de la aportación española a la Seguridad Occidental, a la transformación, como hemos visto que también se pedía en círculos demócratas de EE UU, de los Pactos militares (*Agreements*) en Tratado (*Treaty*) y ligarlos a la entrada en la OTAN y en la Comunidad, a la resolución del contencioso en Gibraltar y a la inclusión de un compromiso conjunto de la seguridad, es decir, que los EE UU aceptaran defender la seguridad española, sobre todo como elemento disuasivo ante las reivindicaciones del Magreb sobre los enclaves en el norte de Marruecos y el futuro del Sahara español.

La Secretaría del Estado va a dar, entre 1974 y 1975, una fuerte batalla para que sus socios acepten la entrada de España en la OTAN. En vano. Y como no se quiere crispar la situación interna de la Alianza en el período de la *Détente* y no tienen mayoría en el Congreso y la Comisión de Exteriores del Senado, prevalece en la idea de que hay que despegarse del Franquismo, se redacta para compensar a España la Declaración Conjunta Hispano-Norteamericana, que es como un remedo de la paralela Declaración Atlántica que conmemoró los veinticinco años de la creación del Pacto Atlántico. El documento se firmó protocolariamente por todo lo alto en Madrid, el 10 de julio de 1974, con Cortina Mauri y Kissinger, y algo más tarde fue ratificado por Nixon y don Juan Carlos, como jefe de Estado en funciones.

Siempre es curioso observar los distintos significados de un mismo fenómeno según quien los interpreta. El 26 de julio de 1974, días después de haber ratificado en su casa de San Clemente la *declaración conjunta*, Nixon se reúne en ese mismo lugar con Kissinger y el ministro de Exteriores de la RFA, Hans-Dietrich Genscher. En el contexto de la preocupación norteamericana por la desestabilización peninsular, se intercambiaron ciertas opiniones sobre el futuro español:

El Presidente: ¿Qué sucederá, por ejemplo, en España después de la marcha de Franco? Los principales miembros de la Comunidad Europea deberían trabajar conjuntamente para evitar que la situación se enrede.

Genscher: [...] En Portugal, por ejemplo, tenemos un país que quiere la democracia, pero el Partido Comunista es el mejor organizado y podría llegar a ser dominante. Deberíamos tratar de sostener a los elementos más liberales. Personalmente creo que en España también debemos fomentar a los elementos liberales para la era del posfranquismo.

El Presidente: He tenido esa idea desde que tomé posesión en 1969, pero hubo la oposición británica y de los países más antiguos de la OTAN. Es mejor preparar el camino ahora que tener que esperar luego.

El Secretario: Por ello firmó el presidente la declaración con España la semana pasada.¹¹

Esta conversación transcurre dos semanas antes de la dimisión de Nixon –Genscher fue la última personalidad extranjera con la que se entrevistó¹² y podríamos tomarla, pues, como un rápido balance de cómo el presidente presentaba su gestión respecto al franquismo no como orientada para apoyar al régimen sino para su liberalización. En el *New York Times*, sin embargo, Flora Lewis, una periodista conocida por su continua crítica a la política exterior de la Secretaría, manifestaba cierta reticencia ante un texto que destacaba los buenos deseos de armonización de relaciones económicas y políticas y también recogía las aspiraciones españolas a que fuera reconocido su importante papel en la *defensa del Oeste y de la Paz* en el Atlántico y en el Mediterráneo, añadiendo que menos mal que no había admitido las esperanzas españolas de establecer un compromiso automático de ayuda con los Estados Unidos tal como existía entre los aliados atlánticos.¹³

Si la hospitalización de Franco permitió temporalmente reabrir el primitivo proyecto de liberalización en vida del dictador, el que a principios de septiembre retomara la Jefatura de Estado significó un golpe político y, junto

con la aparición en el balcón del Palacio de Oriente el día 1 de octubre de 1975, el momento más bajo de la valoración internacional de la imagen de don Juan Carlos. La prensa francesa y la anglófona reflejaron el daño en



su imagen y casi pareció imposible entonces una transición pacífica. Pero la Administración mantuvo su confianza en él, tal vez porque no tuviera personaje alternativo, pero, eso sí, reforzando conexiones con la oposición moderada, tal como avisaba Genscher. Puntualmente *Washington Post* daba cuenta del giro en las relaciones con España. En opinión de Acoca, aprendiendo de la experiencia portuguesa, Kissinger no quería que la desaparición de Franco le pillara sin contactos con la oposición (ACOCA, Miguel, «U.S. Shifts on Spain, Talks to Dissidents» *Washington Post*, 20 diciembre 1974). El periodista incluía todo tipo de detalles: que los americanos habían iniciado el diálogo a través del asistente a la Secretaría de Estado, James G. Lowenstein,¹⁴ en un restaurante de Madrid; que posteriormente los «demócratas» españoles habían declarado que las personalidades americanas habían explicado cuáles eran los puntos de vista con respecto al Sahara y al conjunto del Mediterráneo, con particular insistencia sobre los destinos de Portugal e Italia.

De hecho, entrar en contacto con la oposición moderada constituía una parte del obje-

EXPEDIENTE

tivo norteamericano, porque la otra consistía en indagar cómo veían estos sectores el papel del partido comunista en el futuro sin Franco y en advertir sobre las consecuencias que «la emergencia del comunismo como una gran fuerza política en España tendría para los intereses americanos y de la OTAN».

Ahora bien, no me parece que estos tanteos implicaran una reducción de apoyo al régimen oficialmente, sino el que las circunstancias obligaban a *poner los huevos en distintas cestas*. La imagen de apoyo hasta el final es la que se conserva del viaje de Ford, y la que se expresó públicamente tras las ejecuciones de septiembre. Fue una imagen agriamente criticada en el interior de este país y que fomentó el sentimiento antiyanqui, si cabía. Negativamente comentada por los principales órganos de prensa del país y, desde luego, por la prensa internacional y por los socios más cercanos, algo que a Kissinger, y también a Ford, le advirtió seriamente el canciller Helmut Schmidt. Previo al encuentro de mayo de 1975 en Bruselas, Schmidt y Kissinger se encontraron en Bonn para intercambiar impresiones y acordar en lo posible una estrategia común. En diálogos como éste se observa el grado de confidencialidad que les unía y que permitía que Schmidt le espetara, sin ningún preámbulo, que no le gustaba nada su viaje a España —se refiere a la inmediata visita de Ford tras la Cumbre Atlántica— y le recomendaba que si quería controlar la situación sostuviera relaciones con las nuevas fuerzas, y no con la camarilla de Franco. A lo cual Kissinger contestó que eso es lo que le había indicado a su embajador.

Pero Schmidt seguía insistiendo en que lo que tenían que hacer era ayudar a los moderados e ir a encontrarse con Costa Gomes y no con Franco, «que es un cadáver».¹⁵ Juzgaba la visita de Ford a Madrid como una estrategia equivocada que ocasionaba un daño en las relaciones internas de los socios occidentales y en la opinión pública de los países europeos, que, tras Vietnam, vivían una oleada de antiame-

ricanismo. Y reitera los mismos argumentos el siguiente octubre, la víspera de la firma del preacuerdo del Tratado de las bases.

Aun así, el viaje cumplía también la finalidad de establecer un estrecho contacto con Juan Carlos y, de hecho, se estableció un canal directo de comunicación que funcionó en este segundo semestre crítico de 1975 de forma muy fluida, con informaciones tanto sobre la salud de Franco o sobre las actitudes y sentimientos de la oficialidad militar. Y un reflejo de este refrendo, y de la exigencia de seguir sosteniendo la imagen pública del heredero, la tenemos en una primera entrevista concedida por el príncipe a Arnaud de Borchgrave, editor senior de *Newsweek* y jefe de la oficina del semanario en París. El periodista, en el número correspondiente a la segunda semana de junio, por tanto inmediatamente después del regreso de Ford al país, tras el viaje a Europa, retrata *la espera de un príncipe* y su perfil como «un aperturista, defensor de una sociedad más abierta», que si quería la instalación de instituciones democráticas, también estaba decidido a evitarle al país el caos y la anarquía que las innovaciones pudieran implicar, y que, en el espectro político del futuro, contemplaba tres grandes bloques ideológicos de franca derecha, centro democristiano y liberal y la izquierda social, excluyendo la presencia comunista, lo que explicaba aludiendo a la situación de Alemania Federal («A prince waiting», *Newsweek*, 9 junio 1975).

Por lo demás, es muy conocido que *New York Times* recogió el 30 de septiembre las declaraciones de Ron Nessen, portavoz de prensa de la Casa Blanca, y las titula «Asunto Interno» (US «Internal Matter» *New York Times*, 30 septiembre 1975). Nessen declaró en una rueda de prensa que Ford lamentaba que las ejecuciones coincidieran con el final de las negociaciones para firmar un Acuerdo sobre las bases militares, que lo consideraba un asunto interno, aunque el Presidente también lamentaba el círculo de violencia que ha dado

lugar a este suceso trágico. Es decir, lamentaba que la violencia cercara el proceso de sucesión del régimen. En el guión original de la rueda de prensa aparecen precisas la pregunta y la respuesta que se cruzaron ese 29 de septiembre:

Pregunta: 'El fin de semana, 27 septiembre, el gobierno español ejecutó a cinco hombres convictos de matar oficiales de policía. En protesta, unas doce naciones europeas han llamado a consulta a sus embajadores en Madrid, Echevarría ha pedido la expulsión de España de la ONU. ¿Qué medidas contempla USA? ¿Está conectado nuestro actual silencio con nuestro apoyo continuo al régimen de Franco o con las negociaciones de las bases? En la contestación se declara que el tema de la pena capital despierta sentimientos muy enfrentados tanto en los Estados Unidos como en el mundo y el portavoz añade: 'El Presidente es consciente de las reacciones en Europa a las ejecuciones en España, pero preferimos no referirnos a este caso con mayor detalle porque es un asunto interno español' y añade que la ausencia de comentarios no está relacionada con la negociación de las bases, que es un tema completamente separado.¹⁶

Más allá de la Administración Ford, la verdad es que, a principios de octubre de 1975, pocos tenían ya esperanzas en que el cambio español transcurriera «suavemente». El ciclo se cierra con las ejecuciones, la gran manifestación de desagravio al Jefe del Estado ante la oleada internacional de antifranquismo y la firma *in extremis* del citado preacuerdo sobre el uso de las bases, el 4 de octubre. El régimen ofreció su momento de mayor aislamiento internacional, a excepción del *amigo americano*.

La víspera de la firma se produce otro de esos asiduos encuentros entre Ford, Kissinger y Schmidt: el mismo Schmidt sacó el espinoso tema para recomendar que aguardaran unas semanas antes de la firma del protocolo y evitar el antiamericanismo. Kissinger insistió: «Hemos diseñado el acuerdo para facilitar la transición desde el franquismo». Por lo que Schmidt preguntó cuál era el punto de vista de la oposición moderada, y Kissinger no

contestó, pero subrayó: «Juan Carlos está de acuerdo». El comentario de Schmidt implicaba no disentir oficialmente, aunque auguraba lo peor: «Creo que ha perdido su oportunidad [Juan Carlos]. Correrá la sangre el próximo año y Arias pagará por ello. Los gobiernos europeos no protestarán, pero sí la prensa, los sindicatos, etc.¹⁷

Como venimos haciendo en esta revisión de las opiniones complementando los ámbitos más privados de las conversaciones entre personalidades políticas con el gran espacio de opinión de la prensa, añadimos a este momento el comentario de Miguel Acoca, en esta ocasión para *Newsweek*. El texto expresa, sobre todo, sorpresa ante la magnitud del gesto, y explica que si durante cuatro décadas, fuera de España se había alimentado el mito de que solamente una dura represión el país se había mantenido como «bastión del fascismo», en «La última semana, el mito ha sufrido un mortal embiste, cuando casi 200.000 españoles afluyeron a la Plaza de Oriente en Madrid para clamar la aprobación a Francisco Franco, el más perdurable dictador de Europa Occidental. [...] Todo tipo de gente, viejos veteranos de guerra, pero también, adolescentes en vaqueros y señoras bien vestidas con los niños en su cochecito, gritaron al mundo su desafiante ¡Arriba Franco!». Reconocía que, en medio de las críticas de las democracias del Oeste, salvo USA, España estaba de nuevo aislada y más lejos que nunca del Mercado Común. Su sorpresa aumentaba, porque también reconocía que, sin embargo, en la sociedad española todos los sectores, incluidos la Iglesia y el Ejército, demandaban el cambio (Miguel Acoca, Richard Steele, «Franco's Last Hurrah?», *Newsweek*, 13 octubre 1975).

Un último giro de tuerca

La experiencia del perjuicio en su imagen por la temporalidad de su desempeño de la Jefatura de Estado en el verano de 1974 hizo dudar

EXPEDIENTE

al príncipe en octubre de 1975 y, sin embargo, su reasunción interina del cargo el 30 de octubre y su viaje inmediato al Sahara resultaron extraordinariamente valorados por la prensa internacional, prácticamente sin excepciones, que recupera, como si unas semanas antes no les hubiese negado todo crédito, muchos de los argumentos y las informaciones que anteriormente se han ido extrayendo de entre las páginas de los periódicos. En los primeros días de noviembre, la imagen de Juan Carlos aparece unida sin fisuras a la de una España que desea cambiar. Así lo transmite Henry Gignier el 2 de noviembre en *The New York Times* –«Spain Today: Law and Order and a Sense That Change is Needed»– al analizar que el país mantiene un sistema político «corrupto» que no corresponde a su realidad de una sociedad «moderna, alfabetizada», con una fuerte conflictividad laboral, a pesar del sistema sindical y la falta de derecho a la huelga, en demanda de un mayor reparto de ganancias y con una Universidad que clama por la libertad.

Tal vez uno de los más completos análisis sobre lo que estaba ocurriendo en España correspondía a Cyrus Leo Sulzberger, quien ese mismo día 2 de noviembre nos presenta las claves fundamentales para observar el proyecto de liberalización desde arriba. El corresponsal se hacía eco de la voluntad liberalizadora de Juan Carlos. No carece de interés su expresión precisa: «Juan Carlos querría instalar un moderno, honesto régimen en el que se llame a las cosas por sus verdaderos nombres». Reconoce la necesidad de reformas pero está en guardia contra una precipitada y no restringida libertad que podría dirigirse hacia la anarquía.

El periodista transmite una valiosa información sobre el alcance de la liberalización: el deseo de «tirar por el camino del medio», la oposición a la legalización del partido comunista; y también sobre el cómo: cree que al rey se le da autoridad suficiente en los *Principios Fundamentales*, se le confiere un poder que él podría utilizar para promover una reforma

dirigida. Por si fuera poco, el artículo permite constatar la consciencia general de que el cambio en España adquiere una dimensión «crucial» en la política internacional, porque su evolución podría afectar al balance de poder en el Oeste y en el Mediterráneo, presentando el futuro de España directamente ligado al de Portugal, Italia y Francia.¹⁸

En cierta medida, constituyen los argumentos que ya habían sido expuestos, meses antes, por Arnaud de Borchgrave, quien había sido nuevamente elegido por Juan Carlos para que publicara una nueva entrevista coincidiendo con el momento («As Juan Carlos sees it», *Newsweek*, 3 noviembre 1975), para reiterarlos. Se trata de un mensaje, ante la Sucesión, inminente y resume los puntos clave: Juan Carlos quiere ser un símbolo de la unidad nacional y la reconciliación: el rey de todos los españoles. Tiene un objetivo democrático, pero está resuelto a evitar el desorden y el caos, no cree en la represión sino en la reforma, no en la revolución sino en la evolución democrática. Para este ámbito internacional se enfatiza que está ansioso por incluir España en la Alianza Atlántica y conectar los esfuerzos de España a los destinos de las democracias de Europa Occidental en lo que cree el mayor intento del momento, la construcción de la Unidad Europea. El siguiente mes Borchgrave, marcando una pauta, reiteraba las mismas ideas («Changing the Guard», *Newsweek*, 8 diciembre 1975) e insistiría en el muy citado artículo del 26 de Abril («Juan Carlos looks ahead», *Newsweek*, 26 abril 1975).

Conclusión

En definitiva, a lo largo de esta secuencia, se observa cómo se había construido, de hecho, un mensaje destinado a perdurar y del que arranca la interpretación de la Transición con don Juan Carlos pilotando el cambio, pero cuya existencia se ha ido detectando también en los propósitos de la Administración norteameri-

cana desde, al menos desde 1970, aunque no siempre halló la misma credibilidad.*

NOTAS

Este artículo se ha realizado como fruto del proyecto I+D HUM2007-62337HIST.

- ¹ MARQUINA BARRIO, Antonio, *España en la política de Seguridad Occidental (1930-1986)*, Madrid, Ediciones Ejército, 1986 y VIÑAS, Ángel, *En las garras del Águila*, Barcelona, Crítica, 2003.
- ² PARDO, Rosa, «EE.UU y el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia Nixon», en *Historia del Presente*, nº 6, *La política exterior al final del Franquismo*, 2005, POWELL, Charles y JIMÉNEZ, Juan Carlos (eds.), *Del autoritarismo a la democracia. Estudios de política exterior española*, Madrid, Sílex, 2007, SARTORIUS, Nicolás y SABIO, Alfonso, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España*, noviembre de 1975-junio de 1977, Madrid, Temas de Hoy, 2007. Más recientemente aún Misael Arturo López Zapico defendió una tesis de licenciatura en la Universidad de Oviedo titulada *La transición a la democracia en España a través del periódico The New York Times*.
- ³ EDER, Richard: 'Carlos Looks to a Democratic Spain,' *The New York Times*, February 4 1970 «Even at the time of his designation last July, it was apparent that Juan Carlos was not the simple young man many thought him to be. His father had always contended that the monarchy would never be accepted by Spaniards if it was closely tied to General Franco. The son felt that the monarchy would never be proclaimed at all unless General Franco proclaimed it, and that he would never accept anyone who represented a break with his own regime. Now that Juan Carlos has the designation, it is becoming apparent that the Prince has not rejected his father's strategy so much as his timing».
- ⁴ PARDO, Rosa, 2005, p. 26
- ⁵ La denominación norteamericana y la internacional hablaron siempre de bases norteamericanas, como ejemplo, tras el viaje de Ford, en el informe al Gabinete se indica textualmente: «In Spain the President's efforts concentrated on the military situation and the maintenance of the United States air bases there» en Gerald Ford Library -GFL-, James E. Connor Files, Cabinet Meeting June 4th, 1975, Box 4. «the Prince doesn't seem to feel obliged to follow the existing regime's ideology. He accepts 'continuity but not continuation».
- ⁶ Indica Luis Guillermo Perinat que la embajada americana a Carrero le reconocían el mérito de la «operación sucesión», aunque, según Perinat, el artífice había sido López Rodó, curiosamente Ministro de Exteriores: «Tenían la esperanza de que, a través de ella, España evolucionase hacia principios democráticos», PERINAT, Luis Guillermo, marqués de Campo Real, *Recuerdos de una vida itinerante*, Madrid, Compañía Literaria, 1996, p. 142. Los mismos argumentos aparecen en ACOCA, Miguel, «Franco Believed ready to retire to insure tranquil Succession», *Washington Post*, August 26, 1971.
- ⁷ Sobre la misma coyuntura precisa Ángel Viñas que, en febrero de 1972, el general Walters vino a España y habló con Franco sobre cómo tenía previsto la transición y los militares le confirmaron que apoyarían al príncipe y no habría discontinuidad. Walters pensaba que Franco no se retiraría pero que elegiría un primer ministro, VIÑAS, Ángel, 2003 p. 408. Walters viajó nuevamente a Madrid en los momentos previos a la llegada de Gerald R. Ford.
- ⁸ MOREIRA DE SÁ, Tiago, *Os americanos na Revolução Portuguesa (1974-1976)*, Lisboa, Editorial Notícias, 2004.
- ⁹ LEMUS, Encarnación, «Entre la intervención y la supervisión. Las potencias occidentales ante el cambio político peninsular» en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (coord.), *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 369-380.
- ¹⁰ SALANER, Vicente, «Preocupación norteamericana por la evolución hacia la izquierda en el sur de Europa. La CIA intensifica sus actividades en Portugal, España, Italia y Grecia», *Informaciones*, 28-10-1974.
- ¹¹ «President: «What happens, for example, in Spain after Franco departs from the scene? It will take the efforts of the stronger members of the European Community working together to keep these situation from unravelling. Genscher: «[...] Speaking personally, I believe that in Spain we must also encourage the liberal elements for the post-Franco era [...]». President: I have had this position since coming into office in 1969, but there has been opposition from British and other countries in NATO. It is better to prepare the way now than to wait. Secretary: That is why the President signed the declaration with Spain last week. NARA, Memorandum of Conversation July 26, 1974 (01258).
- ¹² Ángel Viñas recoge la mención a este encuentro, a través de las memorias de Hans Dietrich Genscher, *Erinnerungen*, Siedler, Berlín 1995, en 2003, p. 415.
- ¹³ LEWIS, Flora, «Kissinger, in Spain, Initials Statement of Cooperation», *The New York Times*, July 10, 1974.
- ¹⁴ Ángel Viñas incluye una mención a la entrevista de Lowenstein con los moderados, 2003, p. 424.
- ¹⁵ National Archives. Records of the Department of State. Office of the Counselor, 1955-1977. Box 5 Germany 1975. Ch. Powell explica cómo unos días después, ya en Bruselas, Schmidt reiteró parecidos razonamientos ante Ford, y también informa el investigador que el viaje se realizó en contra de la opinión del embajador en Madrid, Wells Stabler. POWELL, Ch. y JIMÉNEZ, J. C. (2007), p. 43.
- ¹⁶ «The President is aware of the reactions in Europe to the executions in Spain, but we prefer not to address this case in any greater detail as it is an internal Spanish matter», GFL, Ron Nessen Papers 124 Spain.
- ¹⁷ I think he has lost his chance. I think there will be bloodshed next year and Arias will pay for it. The Europeans

EXPEDIENTE

governments won't protest what you do, but the press, labour, etc. may», Gerald Ford Library, National Security Adviser, Memoranda of Conversation, Box 15: 3 Octubre 1975.

- ¹⁸ SULZBERGER, C. L., «Crucial Questions», *Herald Tribune*, November 2 1975: «Just what he will do with that position is today one of Europe's crucial questions. The answer could affect the Western and Mediterranean power balance because Spain's future is directly linked to those of chaotic Portugal, restive Italy and uneasy France. [...] This is a cautious middle-

of-the road approach. On the one hand, Juan Carlos doesn't like José Solís Ruiz [...] On the other hand, the new chief of state opposes legalizing the Communist party, even if he favours creation of a multiparty system and, eventually, a new, more liberal constitution [...] He wants to proceed gradually along the road to reform, hoping to avoid violence by taking increasingly big steps only as the political system evolves. He feels the king is given sufficient authority under the present constitution to play a quietly active role in guiding reform».

